Breve historia universal del libro

Hugo Neira

PRIMERA PARTE DE LOS
COMMENTARIOS
REALES,
QVE TRATAN DEL ORI-
GEN DE LOS YNCAS, REYES QVE FVE-
RON DEL PERY, DE SV IDOLATRIA, LEYES, Y
gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y con-
quistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y
su Republica, antes que los Españo-
les passaran a el.

Escritos por el Yuca Garcilasso de la Vega, natural del Cozco, y Capitan de su Magestad.

DIRIGIDOS A LA SERENISSIMA PRIN-
cesa Doña Catalina de Portugal, Duqueza
de Bargança, &c.

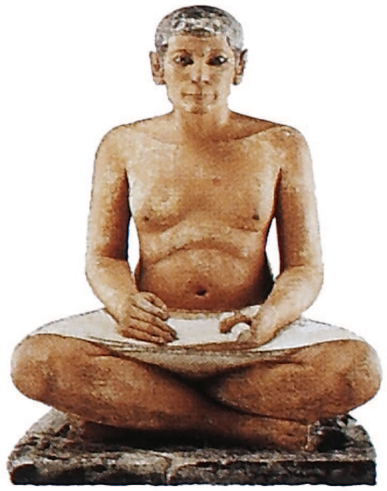
Con licencia de la Sancta Inquisicion, Ordinario, y Paço.

EN LISBOA:
En la officina de Pedro Crasbeeck.
Año de M. DCIX.

«El más genial de los mestizos escritores es el Inca Garcilaso de la Vega». E. Anderson Imbert.

Entre los primeros libros editados en Perú, entre los incunables limeños que se perdieron en el incendio de 1943, como lo recuerda con indignación Raúl Porras Barrenechea (en nota que reproducimos) se contaba, acaso el primero de todos, la *Doctrina Christiana,* obra del Concilio Provincial de Lima en 1584, impresa por Antonio Ricardo.

Solamente en el XVI, nos articulamos a la universal aventura del texto escrito. A algo ciertamente anterior al mismo Descubrimiento. Occidente heredó de otras civilizaciones la experiencia de guardar textos y memorias. Estas líneas recuerdan , apretadamente, la historia milenaria de lo escrito. Y de paso concluyen con una propuesta editorial. En efecto, puesto que existe el reto de las nuevas tecnologías y de lo virtual, lo mejor sería no enfrentar sino enlazar en la «*mise en page*» imágenes y texto explicativo, como modestamente se intenta en estas mismas páginas.



Esta estatua del escriba sentado, se repite. La presente se halla en el Louvre. Hay otra en el Museo del Cairo, ambas de la V dinastía, 2500 a. C. Los rasgos son individualizados. Eran, sin duda, funcionarios importantes.

1. Tabletas de arcilla en la Mesopotamia del III milenio a.C. y el papiro de los egipcios. La escritura precede al libro. Fue sello y estampado (en seda de los chinos) antes que llegase el uso de la tipografía, con Gutenberg, en 1450. En el papiro egipcio se desplegaron las plegarias a los dioses o la historia de sus faraones: la sola crónica del reino de Ramsés III ocupó longitudinalmente 40 metros de rollos. Pero los libros en papiro reproducían el texto en un solo lado. En realidad, eran volúmenes. La noción misma viene del latín, y nos ha dejado la idea de algo denso y circular que se desenvuelve. El concepto, paradójicamente, es recuperado por las innovaciones en informática de Apple, desde los años setenta, íconos y texto infinito que rueda gracias al *mouse*. En la imagen un escriba egipcio sentado en cuclillas, con un rollo en las manos. Una pluma, un cálamo (una caña) se hallaba en la mano derecha del escriba, pero ha desaparecido. El escriba, 2600–2350 a.C, su figura completa, tallada en un solo bloque, se puede admirar en el Museo del Louvre (París).

2. La historia del libro es la de sus soportes. Y aunque la biblioteca de Alejandría que llegó a tener 500 mil volúmenes fuera destruida en el 47 a.C, en el año 377 Roma contaba con 28 bibliotecas. Pero leer un papiro no era cómodo y se buscó otro material. A los papiros los reemplaza el pergamino, realizado a partir de la piel de animales (de cabra, de carnero) de mejor conservación. Además, el pergamino, fácil de colocar en una mesa, concede ciertos usos que son los de nuestros días, leer y a la vez tomar notas. Es por eso que el historiador Alberto Manguel sostiene que el códice o texto en pergamino, fue adoptado por dignatarios, religiosos y estudiantes puesto que podían llevarlo en sus viajes. Antes de la imprenta, el libro ya viajaba. En cuanto al uso del papel como reemplazo artesanal del pergamino, tomó su tiempo, por lo menos hasta el siglo IX o X. En la imagen, un rollo en hebreo de nuestros propios fondos de la Biblioteca Nacional del Perú.

Los rollos eran cómodos para llevarlos de viaje. Para leerlos, se usaban las dos manos y no era fácil tomar notas.

3. Los libros manuscritos, en lo que fue fecunda la Edad Media, son confeccionados hasta 1450. Hasta entonces, como se sabe, eran copiados por monjes, en las *«scriptorias»* de abadías y conventos, es decir, en salas inmensas destinadas a esa labor abnegada. Todavía se les puede visitar, Cluny, en Francia, que no es un monasterio sino una ciudad-monasterio, agrupando comerciantes, abadía, huertos, calles y plazas. La orden cisterciense irradió cultura, «Cluny, luz del mundo», expresó un Papa. En lo que concierne al trabajo manual/intelectual de preparar los libros, éstos eran, ora miniaturas, ora libros iluminados, es decir, acompañados de bellas láminas, y siempre caligrafiados, lo cual, según las técnicas de la época, consumía centenares de horas de paciente trabajo. Se entiende que la mayoría de ellos eran textos sagrados o litúrgicos, casi en su totalidad en latín. Hay que decirlo, la Iglesia se resistió a que los debates teológicos y las Escrituras se conocieran en lenguas vernaculares, las actuales lenguas europeas. La versión castellana estuvo prohibida hasta 1791–1793. El saber religioso no estaba dirigido a los laicos sino a los sacerdotes. Y no solo la misa se decía en latín sino que las palabras que operan en el milagro de la transformación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo se decía en *«submissa voce»*, es decir, inaudible para los fieles. La desconfianza ante los libros fue cediendo, primero ante el reto del protestantismo, cuando Roma se renueva tras la *Vulgata,* la hoja catequista y los curas educados en seminarios. Luego, ante la modernidad, pero la difusión del libro por la imprenta fue para la Iglesia católica reto y medio a la vez, y tuvo posturas ambiguas. Imprimió libros pero persistió prolongadamente la censura de libros, y con ello, la dificultad del discurso humanista y cristiano ante la supervivencia de prácticas inquisitoriales. Que de alguna manera, y en nombre de nuevas doctrinas dogmáticas, reaparecen con las dictaduras «científicas» de los tiempos contemporáneos. En el fondo, nos marca profundamente la herencia intolerante de la Contrarreforma y una cultura de la desconfianza ante el libre saber y la libre crítica. Pero no solamente la cristiandad escribía en lengua sagrada. Aquí se luce el Misal Mixto de Pedro de Toledo, y a su lado puede apreciarse una página del comentario a la Biblia hebrea de Rashi, un rabino francés del siglo XIII. Ambas en la Biblioteca Capitular de Sevilla.

4. En la estampa, la Biblia Pauperum, llamada «de los pobres». Obra en xilografía, es decir, con procedimiento anterior a los tipos movibles de la imprenta de Gutenberg, editada en los Países Bajos, la actual Holanda. La técnica es del siglo XV, y su nombre, *«pauperum»,* revela un afán didáctico. En efecto, se puede apreciar la narración en forma gráfica de la vida de Jesús, la triple arcada con variadas escenas, los resúmenes en letras en la parte superior, los profetas, la Santa Cena, la bendición de Abraham. En otras palabras, el Antiguo Testamento ligado a la vida de Jesucristo, explicado a los lectores (y espectadores) tanto por textos como por imágenes. Una obra de 1440–1450, actualmente, en la Biblioteca Nacional de España. Nos sirve aquí para introducir esta hipótesis: los libros fueron hechos para ser leídos y, a la vez, para ser vistos. ¿Por qué, sino, en la difusión de la Iglesia las imágenes acompañan abundantemente la escritura? Nos permitiremos recordar aquí que Tomas de Aquino había hablado de los dos sentidos del texto escrito, del literal, en latín *«simpliciter»,* al pie de la letra; pero el segundo era la alegoría, el sacramento, el misterio. El sentido literal es el de las palabras, pero la imagen llevaba a la alegórico, a lo analógico. Contrariamente a lo que se suele creer, esta última interpretación, la que acudía a los sentidos, era la más espiritual. Precisamente la que acude a la gramática de las imágenes. Al volver bello el texto escrito, de alguna manera se le sacralizaba. Así, más que un mundo de lectores, hubo un mundo de bachilleres que los usaron. De élites letradas.

«El libro se impone como una distracción». Alberto Manguel. La combinación de imágenes y textos va a reaparecer en el siglo XIX con los relatos en folletines y en el siglo XX con el «cómic» o historieta. Se ve y se lee, todo a la vez.

5. La Ética a Nicómaco, de Aristóteles. Por ética entendían los griegos la concepción moral en la que un ser humano cree. De los veintitantos libros que nos han llegado de aquel filósofo, sobre 40 que parece haber escrito, este es uno de los más comentados. La virtud es el tema central, entendida como una cualidad que puede alcanzarse voluntariamente, por educación, por inteligencia. Aristóteles es estudiado ardientemente primero por los árabes, luego por la cristiandad. Su intelectualismo ético intrigó y apasionó, puesto que provenía de un pensador anterior a Jesús, vale decir pagano. La edición que se muestra es de 1473, una de las primeras en ser impresa. Obra de impresores alemanes, se conoce sus nombres: Botel, Planck y Holtz. El texto, dicen los bibliotecarios españoles,[1] fue de uso frecuente en las universidades del siglo XV y entre los humanistas. En efecto, puede apreciarse en la imagen presente, las anotaciones. La lógica de Aristóteles, y en general los estudios latinos (al ser frecuentes las traducciones de Platón, Plutarco, Demóstenes) entre otros recursos intelectuales, permitió que el saber griego —el logos, la razón— se combinara con la cultura cristiana. Hoy en la Biblioteca Hispánica de la Biblioteca Nacional de España.

6. Un buen ejemplo de transición, la *Biblia Políglota Complutense*. «Se conocen dos emisiones, una en pergamino y otra en papel».[2] Su contexto es la renovación de la Universidad Alcalá de Henares, por el enérgico Cardenal Cisneros, quien contó con el apoyo de Antonio de Nebrija. «Destaca por su distribución: tres columnas que contienen a la izquierda el texto griego con la interpretación latina interlineal; la central, la vulgata; y a la derecha la versión en hebreo. Cada columna lleva sus epígrafes y en el margen derecho, apostillas» (*op. cit.*). Es de 1514–1517, es decir, dos años antes de que Cortés llegase a Meso América, a México - Tenochtitlán. A quince de que llegase al Cusco Francisco Pizarro. El saber de lenguas —aymara, quechua en el mundo andino— será parte de la Conquista. Conocer es dominar, como ha dicho para la Conquista de México, en nuestros días, Todorov.[3]

Los márgenes del texto, usados de varias maneras. En la parte superior, se puede apreciar la caligrafía de los estudiantes que comentaban a Aristóteles. En la imagen inferior, cómo los márgenes fueron usados hasta la fatiga. La lectura fragmentada y múltiple no es solamente la de nuestro tiempo en las pantallas de los ordenadores, se usaron desde que se adoptó la imprenta.

7. De la aventura del libro en las Indias forma parte un libro singular. *El Amadís de Gaula*. Su difusión fue enorme, desde las primeras ediciones, por los años de los viajes de Colón, hasta la edición que aquí se presenta, de los libreros Combreger, que la introdujeron en el Nuevo Mundo por los años en que los españoles llegaban a Cajamarca. *El Amadís de Gaula* encarna los libros de caballería, con el héroe a caballo. El profesor Irving A. Leonard en un libro célebre, reveló el papel en las expediciones o «entradas» de candidatos a conquistadores (hubo más de dos mil intentos, según Ruggiero Romano, la mayoría sin éxito alguno) junto a la sed de riquezas, el fanatismo religioso y el afán por llegar a ser más, una suerte de imaginario colectivo.[4] Esto quiere decir que además de los señalados en los motivos del improvisado soldado de Indias, como el interés por el pillaje y la fácil riqueza, contaba también los relatos y mitos literarios que venían en los libros de época. El de las Amazonas, la búsqueda de las tierras de Ofir y de la Canela. Todos lugares de encantamiento. Así, pues, podemos afirmar que precede y acompaña la exploración y conquista del desconocido territorio de Indias, la extensa boga de los libros de caballerías. Esto es palmario en el cronista Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés y testigo de la vez primera que los invasores vieron desde lo alto: la estupenda capital de los aztecas, Tenochtitlán, México, construida sobre una extensa laguna con *«chinampas»*, o sea, tierras elevadas, con plazas, calzadas, mercados, templos y palacios. Y admirado, escribe «y parescia a las cosas de encantamiento que cuentan en los libros de Amadis, por las grandes torres y edificios que tenían dentro del agua» (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. LXXXVII). Pero ni en México ni en el Perú, los hechos de guerra generaron para los invasores europeos, una nobleza hereditaria. Los conquistadores fueron tempranamente desplazados por frailes, funcionarios y letrados, llegaron tarde para un sistema de feudos. Se alzaba en el Escorial el primer Estado Absolutista de Europa. Los reemplaza en las Indias, el orden burocrático de los Austria.

Pero en la historia del libro y la manera cómo llega a América que intentamos reseñar, cuenta este antecedente, lo fabuloso de Amadís al lado de la novedad de la nueva flora y fauna y humanidad de las Indias, cuyo mundo no estaba ni en el relato de griegos y romanos, ni en las Escrituras. Obsérvese, en fin, en este Amadís de 1531, el tamaño del folio, los tipos góticos, las dos columnas, el uso de los capitulares. Y las xilografías que acompañan y adornan el relato. El libro, en general, no solo fue misales, doctrinas para curas. Fue también, desde el XVI, diversión, imaginación, relato encendido y fabuloso. Y los amores de Amadís no siempre son castos.

Libro Tercero Fol.cxxxvij

Comiença el tercero libro de Amadis de gaula.

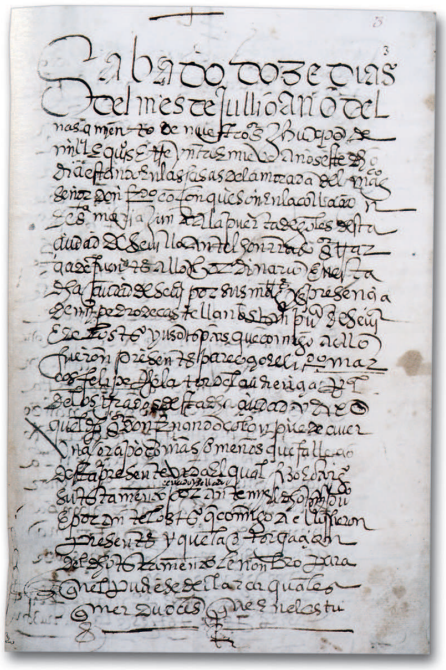
Alcaba se el segundo libro d Amadis de gaula.

Los libros de caballerías fueron durante los siglos XVI y XVII el género más difundido. Y el Amadis de Gaula *traducido al francés, portugués, italiano, alemán, inglés, holandés y hasta en hebreo.*

Cervantes, burlas y veras

¿Por qué, tras cuatro siglos, no salimos de la historia de un enjuto hidalgo castellano y de un «cierto lugar de la Mancha»? Como si de alguna manera, el conflicto entre Caballería y Burguesía, de inicio de los tiempos modernos, siguiera actual. Y entre lo mucho que se ha escrito desde que don Miguel de Unamuno decidiera preferir lo quijotesco a lo cervantino, acaso convenga reparar, al fin y al cabo, en Cervantes mismo, en el creador y no tanto en la creatura y en el tiempo que le tocó vivir. Nace en 1547. En 1532 Pizarro había llegado al Cusco. En 1534 Loyola funda la Compañía de Jesús. Tiene 23 años cuando combate en Lepanto. En 1588 la Armada Invencible fracasa en las costas de Inglaterra. Cuando escribe (fallido autor de obras teatrales, modesto cobrador de impuestos, aldeano hidalgo que no se atreve a viajar a Indias) no se han hundido todavía los tercios españoles —eso ocurrirá en Rocroi, en 1634— pero ya se habían comenzado a hundir muchas otras cosas. Desde Felipe IV, dice el historiador Elliott, se sentía que el barco se iba a pique. La aventura imperial agotaba energías y caudales, y no tanto en las soledades de América sino en los bosques de Alemania protestante. Bancarrotas y crisis endémicas, el Estado de los Austria en manos de prestamistas internacionales, la imposibilidad del dominio imperial católico del mundo, esquilmados los súbditos, incluidos los propios castellanos. Estado, sociedad y economía declinaban juntos. Maravall y Bennassar, historiadores, han observado la obsesión de esos días por la limpieza de sangre. Otros, una sensación general de desánimo, de melancolía. O el itinerario vital de los refugiados en la mística, los llamados alumbrados. En resumidas cuentas, en tiempos de Cervantes el mundo ibérico se alejaba cada vez más del ideal caballeresco. Y entre esas dos mitades, el Papa y el Emperador, va entrando el ruido del mundo. Sordos a la vida de palacio y a ese ejército de servidores y chambelanes, algunos hombres de letras, recuperan la gracia y el ingenio de las cortes para contar lo que le pasa a la gente corriente, y entonces es el *Lazarillo de Tormes*, flor de picaresca. Faltaba sin embargo la historia de esos grandes equivocados, el labriego Sancho y el hidalgo Quijote, que encarnan unas ganas de hazaña y de heroísmo que ya no cuenta en un mundo dominado por don Dinero, como canta, Quevedo, no muy lejos. Cervantes dirá, entre burla y veras, a lo que no llega ni la novela picaresca ni el teatro de Lope de Vega, ni los cuadros mismos de Velázquez. Suprema piedad e ironía desde los escombros de un género repudiado, y hasta prohibido, la novela de caballería. Pero el Quijote no será el *Orlando furioso,* que al parecer leían apasionadamente los españoles, según afirma Joseph Pérez, mi antiguo profesor de historia del Siglo de Oro, acaso el hombre que mejor ha conocido ese período caótico y creativo. En Cervantes el relato gótico de Palmerín, Esplandián, y de La linda Melasina, se vuelve retrato de los vicios españoles, de Señor a Paje, exceso de los trajes, deshonra del oficio manual, manía de la alcurnia y los linajes. Escribe en una prisión de Sevilla a donde lo llevaron sus deudas, para que, como lo hubiese dicho Antonio de Guevara, hastiado de la corte, «para que España mire sus duelos y se libre de los ajenos» (en *Reloj de Príncipes*). Se habían puesto a ordenar católicamente al mundo y se habían arruinado. Otros escribirán «Memoriales», los llamados arbitristas, los intelectuales que como siempre, ya tenían solución para la ostensible decadencia. Es la de Cervantes, la España de la preponderancia y a la vez la del pauperismo, la de las ferias con el oro de Potosí y la crisis de Flandes; y en esas villas y aldeas que recorre, la ociosidad de unos y el hambre de los otros, la terrible palabra hambre que va a manchar la vida hispana hasta los furores de la II República, en la guerra civil. ¿Déficit crónico, injusticia social, revolución de los precios? Sin duda, y más aun, una sociedad de pobres asistidos y a veces alimentados, y al lado de ello, un género de vida, las mansiones soberbias, el mobiliario y la indumentaria de inmenso valor, el Valladolid donde Cervantes vive, «el desconocimiento del trabajo, sustituido por el paseo, la danza, el juego, los espectáculos, todas las formas de la fiesta, las controversias religiosas, el servicio de Dios y de los santos, el recibimiento de reyes y princesas, y para algunos, las alegrías de la lectura» (Bennassar, *Valladolid au Siècle d' Or,* 1967). Por eso nos interesa, americanamente, Cervantes. «Por la descripción de esa república de hombres encantados que viven fuera del orden natural». Porque describe Valladolid del XVII y de paso Lima colonial, y acaso el Perú, hasta antes de la revolución productivista del siglo veinte de los capitalistas informales, de los de abajo. En cuanto al Quijote, abandonó la venta miserable y se puso a cabalgar hacia otro tiempo y otra realidad que no fuese la del consumo inmediato de riqueza y la picaresca señorial y popular de sus días. Por eso, más que en Europa en donde el ciclo capitalista llegó con su amargo realismo, es por estas tierras que sigue cabalgando todavía (hn).

8. Es tiempo de hablar de los hijos de Cristóbal Colón. Uno de ellos, ligado asombrosamente a esta mínima historia de la aparición del libro en el Nuevo Mundo. Tuvo dos hijos el «Almirante de la Mar Océano» título que reclamó a los Reyes Católicos «porque esas Indias se las di, y sus Altezas no gastaron ni un maravedí». A uno de los hijos, a Diego, el primogénito, habido en doña Felipa, paje del príncipe don Juan cuando su padre emprende el primer viaje, le deja su mayorazgo, pero a la vez, «que pague todas las deudas que dejo aquí», es decir, en este mundo. El que resultó ser un caso especial es Hernando (hijo natural, habido con doña Beatriz Enríquez de Arana, en Córdoba, más tarde, en 1488). Y lo mencionamos aquí, en esta brevísima historia del libro por el hecho de organizar, este hijo, una extensa biblioteca privada, acaso una de las más vastas de su tiempo, unos 20 mil libros. Los adquiere, clasifica, anota y estudia con normas que no son menores a los que usan hoy los bibliotecarios, dice Juan Guillén, en la *Historia de la Biblioteca Capitular y la Colombina*, ambas en Sevilla, señalando de paso que en esos libros de Hernando, se hallan el trazo de sus anotaciones y observaciones hasta el día de hoy.[5] Lo que aquí se luce abajo, como estampa, es el testamento, dividido en dos partes. En la primera parte, Hernando Colón insiste en su fe y se ocupa, lo cual es natural, de los detalles de su funeral. Pero como lo hace notar Juan Guillén, lo que sigue, como última voluntad, son unos 39 pedidos o normas en las que establece cómo deberían usarse sus libros, la manera de conservarlos y de qué manera podría crecer aún más su librería. Este hijo de Colón fue bibliotecólogo. La otra lámina prueba, no menos, el carácter de los hijos de Colón. La divisa familiar habla por sí sola: «A Castilla y a León, nuevo mundo dio Colón». En esa Biblioteca sevillana se halla el *Libro de las Profecías*, obra a alimón de Cristobal Colón y de un monje cartujo. Leerlo es deslumbrarse (Sobre la figura del descubridor Colón, véase nota contigua).



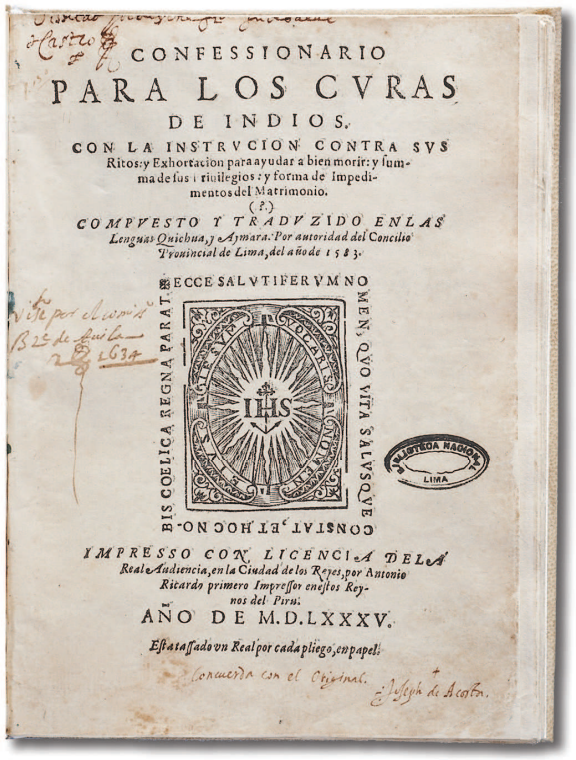
«Digo e mando a don Diego, mi hijo, que pague todas las deudas que dexo aquí en un memorial… E le mando que aya encomendada a Beatriz Enríquez, madre de Fernando, mi hijo, que lo probea que pueda bevir honestamente» Testamento del Almirante Colón.

Colón. Un fecundo error llamado América

Marinero desde infante, piloto, corsario, a ratos fabricante de cartas de marear en Portugal, negociante, político, don Cristóbal Colón, el Descubridor, entre la suerte, la navegación, Dios, las profecías, la ciencia de astrolabios y cuadrantes y las trampas de la ambición, y el asombro de las Antillas y la envidia que levanta y que provoca que regrese de unos de sus viajes cargado de acusaciones y cadenas.

¿Qué pensaría Colón cuando deja el puerto de Palos y atraviesa el mar tenebroso? No solamente que al fin y al cabo, tras años de visitas a cortes europeas y de desvelos, iba a probar que su ruta por el oeste hacia Cipango y Catay era posible. Le inspira la intuición de que marchando por la ruta del sol se llegaba al otro extremo del mundo. Pero en la idea suya se mezclaban en dosis explosivas, otras convicciones: los textos bíblicos, es decir, la promesa de hallar el Paraíso o al menos la perdida tribu de Israel tanto como el rumor en tabernas de marineros lusitanas de restos de plantas y aves desconocidas. ¡Qué vida la de Colón! Qué espectacular su diario de bitácora. Y el testamento lleno de reproches a los ingratos reyes; el aventurero muere como un gran señor. Destino excepcional, entre dos tiempos, no solo entre dos continentes, entre un Renacimiento de hombres voluntariosos y como el mismo Colón, excesivos, César Borgia, Maquiavelo, Miguel Ángel, y aquel otro, posterior, de navegantes modernos, Cook, Bougainville, que siguen su estela, sin llegar a tal suma de aciertos mezclados con errores: su mal cálculo de millas marítimas (millas árabes, más cortas, y en consecuencia erróneas) que le objetan en la junta de sabios de Valladolid, que no estaba del todo mal encaminada. Pero igual llega a unas islas desconocidas aunque sigue buscando el pasaje hacia el Catay, hasta el cuarto viaje. Y esa suma de disparatados hechos, son también el Nuevo Mundo. América la mal llamada, debería haberse llamado Colombus, Colombia. Un error de un catógrafo alemán, Martin Waldssemüller, que recibe la carta de Vespucci, escrita en latín (América es la tierra que describe Américo) provoca que la historia le robe el nombre del continente y esa otra humanidad que no describe sino descubre. (hn)

9. A la América española llega la Iglesia Católica. Los descubrimientos geográficos, el azar de las herencias dinásticas (Carlos V, un príncipe flamenco, heredando las coronas de Castilla y Aragón, junto a otras treinta coronas). Cuenta mucho también el desafío protestante, las guerras de religión al otro lado de los Pirineos, lo que vuelve al Nuevo Mundo tierra de misiones y huerto cerrado. Ahora bien, la Iglesia en el catolicismo iberoamericano es dos brazos. De un lado, los concilios (México, 1565; Lima, 1567) y cuentan, por ello, los sínodos. Son los tiempos del Concilio de Trento (1545–1563) que fija las modalidades de acción según los fines espirituales. En ese continente profundamente eclesiástico, dice el historiador Richard Konetzke, «un cura tiene más poder que todo el brazo real».[6] Pero, por otro lado, el gobierno espiritual no pudo contentarse solamente con los obispos que, sin embargo, se multiplican entre 1620 y 1810. No era suficiente el poder secular. Se precisaba


CONFESSIONARIO
PARA LOS CVRAS
DE INDIOS.
CON LA INSTRVCION CONTRA SVS Ritos: y Exhortacion para ayudar a bien morir: y summa de sus priuilegios: y forma de Impedimentos del Matrimonio.
COMPVESTO Y TRADVZIDO EN LAS Lenguas Quichua, y Aymara. Por autoridad del Concilio Prouincial de Lima, del año de 1583.
ECCE SALVTIFER VMNO MEN, QVO VITA SALVSQVE CONSTAT, ET HOC NO BIS COELICA REGNA PARAT
IMPRESSO CON LICENCIA DE LA Real Audiencia, en la Ciudad de los Reyes, por Antonio Ricardo primero Impressor en estos Reynos del Piru.
AÑO DE M.D.LXXXV.
Estatassado vn Real por cada pliego, en papel.
BIBLIOTECA NACIONAL LIMA

ARTE, Y VOCABVLARIO
EN LA LENGVA
GENERAL DEL PERV
llamada Quichua, y en la lengua Española.
EL MAS COPIOSO Y ELEgante que hasta agora se ha impresso.
EN LOS REYES.
POR ANTONIO RICÁRDO.
Año de M.D.LXXXVI.

el voluntarismo mesiánico de las misiones. La especifidad americana, la cultura propia y sus costumbres, los matrimonios o enlaces de nativas con peninsulares, el reclamo de música en ritos y bailes cristianos por los nuevos convertidos, en suma, la conversión de las masas indias necesitaban de regulares, es decir, de monjes. Ello explica la presencia de las órdenes mendicantes. En 1570, ya están en México 150 predicadores franciscanos. De ellos, señala el historiador Thomas Calvo, unos 128 conocen las lenguas vernaculares. No era fácil la catequesis. En la estampa, un *Confessionario para los cvras de indios*, impreso en la ciudad de los Reyes, 1585. Compuesto y traducido a la lengua Quechua y Aymara. Actualmente en nuestros fondos de biblioteca. Y no es el único, abundan los artes de lengua, catecismos, vocabularios. La estrategia misional de la cristianización ante la población aborigen pasaba por el implantamiento territorial, la misión, el contacto directo de congregaciones y órdenes, y el aprendizaje de lenguas. Fueron los etnólogos antes de la etnología.

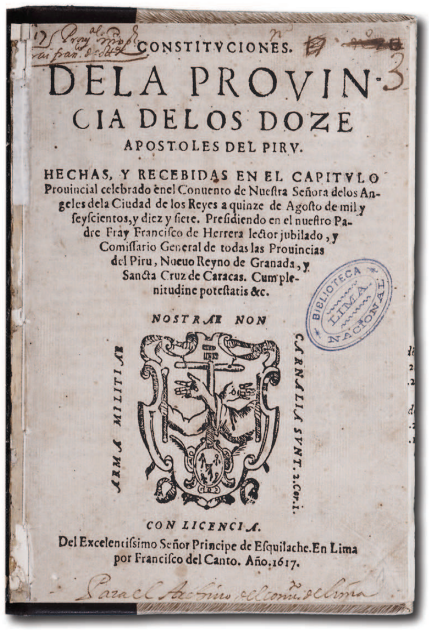
10. La obra de las órdenes mendicantes en el Nuevo Mundo será gigantesca. Dominicos, carmelitas, agustinos, mercedarios, jesuitas, apenas podemos esbozarla; sería preciso no una obra sino una enciclopedia. Pero hay que decir lo esencial. La evangelización se hizo, en muchos casos, contrariando a colonos peninsulares y criollos. Los monjes, en parte doctos y en parte soldados de la fe, se preocupan desde el inicio de la colonización y en muchos casos con indignación, de la suerte de los indios explotados hasta su exterminio. Es conocida la enérgica denuncia de Bartolomé de las Casas, dominico, Obispo en Chiapas, quien puso en cuestión la licitud misma de la colonización. Pero no es el único, los jesuitas José de Acosta, Luis de Molina, Francisco Suárez, Antonio de Viera, unos y otros, están en los orígenes de la legislación de protección a la población indígena. De Paulo III, de 1534 a Pio V y a Urbano VIII, la silla romana escucha la polémica de Indias, cosa que no se debatió en otros casos de dominación colonialista. En su totalidad, según Thomas Calvo, se enviaron al Nuevo Mundo un total de 15.447 misioneros. Se entiende el impacto en la arquitectura, el lenguaje y la representación de lo sagrado. En la estampa, la *Crónica de los religiosos de los doce apóstoles,* que es el nombre que adoptan en el Perú los seráficos seguidores de Francisco de Asís. Hubo entre los seráficos muchos cronistas e historiadores de su propia orden, el autor de la crónica, fray Diego de Córdoba y Salinas tuvo un hermano, fray Buenaventura. Son gente del siglo XVIII, tienen ya mucho que contar, entre milagros y retratos de otros frailes. Y entre una y otra página, la defensa de los indios.

En medio de otras órdenes mendicantes, los franciscanos juegan un papel singular. Como provincia franciscana para el Perú, llegan en 1545. Los franciscanos provienen de una propuesta, la de Francisco de Asís (1182–1226) que por su idea de pobreza absoluta, por su forma misma de predicar, rozaba la herejía; se les podía incluso confundir con los del movimiento «del libre espíritu», que la Iglesia combatía desde hacía siglos, gente que otros,

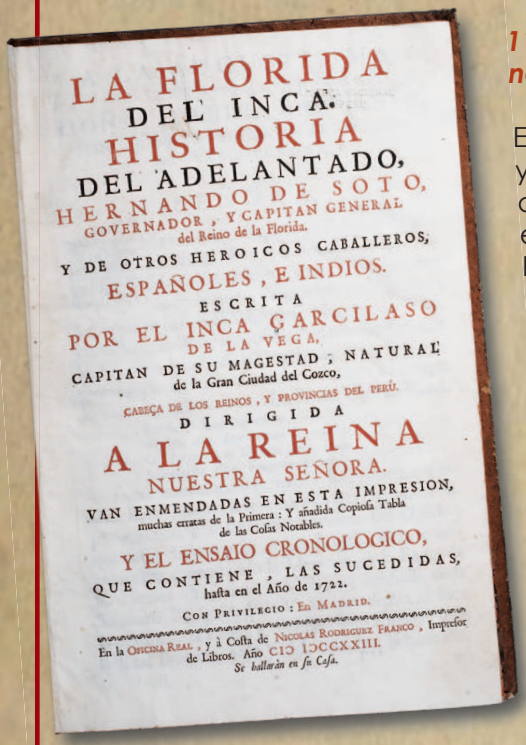
Se apreciará la monumentalidad de esta portada. Orden religiosa, la franciscana, de numerosos cronistas, misioneros y publicaciones.

en particular los protestantes atentos a toda disidencia, prefirieron llamar «panteístas populares». A un punto estuvieron de recibir los tiznes inquisitoriales, menos mal que un Papa inteligente, Inocencio III, no los condena, ni hostiliza, al contrario. Pero admitidos por el Papa León X (*bula Ite vos*, 1517), pesó en el ánimo de la congregación el testamento de Francisco que hace hincapié en las ideas originarias. Como orden no solamente crece sino que hubo diversas querellas internas, entre «conventuales» y entre «los celantes», estos últimos consideraron a Francisco el guía prometido por Joaquín de Fiore para un «tiempo nuevo». Después del Padre y del Hijo, una era del Espíritu Santo. Una tercera edad de la humanidad. Así, la sorpresa del Nuevo Mundo les parece a los franciscanos una ocasión para intentar esa iglesia apostólica y pobre que había soñado el pobrecito de Asís, lejos de la Europa burguesa que comenzaba a enriquecerse. Las Indias y esos hombres desnudos y como desprovistos de la falta original, eximido de musulmanes y heréticos luteranos pero también del lujo y la riqueza señorial, era para estos predicadores de la igualdad monástica, un gesto de la providencia. Pueblos enteros listos a recibir la nueva buena sin las complicaciones teológicas del viejo mundo. Así, apenas concluida la fase violenta de la conquista, como lo señala el historiador Jean-Pierre Berthe, los franciscanos sembraron monasterios en México y luego en el Perú, por centenares.[7] Por otra parte, esa idea, una raza india en estado de receptibilidad, exceptuada hasta 1492 de la civilización materialista del Renacimiento y los Tiempos Modernos, permanece como «una arqueología de ideas», para decirlo como Foucault, un substratum milenarista, de raíz escatológicamente cristiana, pero que no solo alimenta sino que rebrota en las apuestas ideológicas más extremas de muchas izquierdas del siglo veinte, en busca de un socialismo definitivo, antioccidental y anticapitalista. Pero no es Marx el inspirador, es Münzer, a la cabeza de un ejército de campesinos, que Lutero se ve en la obligación de condenar, justificando la terrible represión contra esos milenaristas del XVI. Münzer encabezaba un movimiento popular cristiano radical, preconizando la total comunidad de bienes y el desconocimiento sin excusa de toda jerarquía. Cada cierto tiempo, por ignorar la historia ella se venga, y reverdecen otras trampas de la fe, una como vieja ilusión de los «anárquicos mediovales». Y en otros escenarios y pueblos, bajo otros lenguajes, vuelven las revueltas sangrientas que parecen revolucionarias, y no lo son. Hay un libro estupendo sobre la materia, *Los fanáticos del Apocalipsis* de Cohn, la descripción de un cierto tercermundismo para quien el diablo es la modernidad.[8]

El papel singular de la doctrina franciscana está lejos de agotarse. Hace poco, recientes estudios señalan un derecho misionero del XVI como fuente del derecho internacional. En efecto, se ha rastreado en ese derecho surgido en las cúpulas romano-franciscanas del XIII al XIV, una suerte de reconocimiento de otras civilizaciones. Ese viraje parece arrancar del momento en que Roma envía embajadores ante los Khanes mongólicos para convertirlos al cristianismo. Bajo esas luces y experiencias, se reinterpretó desde esa orden religiosa el momento de la Conquista americana: Occidente volvía a enfrentarse a otras civilizaciones, a otras humanidades. A otras lógicas de lo social. Los derechos del hombre de nuestros días no serían sino el pasaje a la secularización de la empresa franciscana.


CONSTITVCIONES.
DELA PROVINCIA DELOS DOZE
APOSTOLES DEL PIRV.
HECHAS, Y RECEBIDAS EN EL CAPITVLO Prouincial celebrado ênel Conuento de Nuestra Señora delos Angeles dela Ciudad de los Reyes a quinze de Agosto de mil y seyscientos, y diez y siete. Presidiendo en el nuestro Padre Fray Francisco de Herrera lector jubilado, y Comissario General de todas las Prouincias del Piru, Nueuo Reyno de Granada, y Sancta Cruz de Caracas. Cum plenitudine potestatis &c.
NOSTRAE NON
ARMA MILITIAE
CARNALIA SVNT. 2. Cor. 1.
CON LICENCIA.
Del Excelentissimo Señor Principe de Esquilache. En Lima por Francisco del Canto. Año. 1617.

Es numerosa la huella de la imprenta de los franciscanos en nuestros fondos bibliográficos.



LA FLORIDA
DEL INCA.
HISTORIA
DEL ADELANTADO,
HERNANDO DE SOTO,
GOVERNADOR, Y CAPITAN GENERAL
del Reino de la Florida.
Y DE OTROS HEROICOS CABALLEROS,
ESPAÑOLES, E INDIOS.
ESCRITA
POR EL INCA GARCILASO
DE LA VEGA,
CAPITAN DE SU MAGESTAD, NATURAL
de la Gran Ciudad del Cozco,
CABEÇA DE LOS REINOS, Y PROVINCIAS DEL PERÚ.
DIRIGIDA
A LA REINA
NUESTRA SEÑORA.
VAN ENMENDADAS EN ESTA IMPRESION,
muchas erratas de la Primera: Y añadida Copiosa Tabla
de las Cosas Notables.
Y EL ENSAIO CRONOLOGICO,
QUE CONTIENE, LAS SUCEDIDAS,
hasta en el Año de 1722.
CON PRIVILEGIO: En MADRID.
En la OFICINA REAL, y à Costa de NICOLAS RODRIGUEZ FRANCO, Impressor
de Libros. Año CIↃ IↃCCXXIII.
Se hallarán en su Casa.

11. La primera crónica escrita por un mestizo nacido en el nuevo mundo: Garcilaso

Esta «Florida», puesta en prensa en Madrid, —en la Oficina Real, y a costa de Nicolás Franco editor de libros—, no es la primera que se lleva a la imprenta (La primera, 1605, rarísima, se halla en cinco bibliotecas,—incluida la del British Museum—, señala Porras). La presente, sin embargo, sí es parte de nuestros fondos bibliográficos. Es de 1723, y aunque lleva de añadido «copiosa tabla de hechos notables», y está dirigida «a la Reyna Nuestra Señora», no deja de ser de un inmenso valor. Admírese la espléndida portada, y el intitulado: *La Florida del Inca, historia del Adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del Reino de Florida, y de otros heroicos caballeros, españoles e indios.* Obra escrita «por el Inca Garcilaso de la Vega, capitán de su magestad, natural de la Gran Ciudad del Cuzco». Se puede reparar en el doble rango, por una parte «Inca»; por la otra, «capitán de su magestad». Había peleado, en efecto, el adolescente cusqueño que no podía retornar a su tierra natal, en la infausta guerra de las Alpujarras, en las montañas de Córdoba, contra la insurrección morisca. No es su primera obra, lo es la traducción de *Los tres diálogos de amor de León Hebreo,* trabajada en Córdoba e impresa en Madrid en 1590. No obstante, como lo señala el gran Marcelino Menéndez y Pelayo, «el primer libro de autor peruano que salió de las prensas de Europa». Fue curiosa empresa intelectual aquella traducción de otro marginal, un poeta de origen judío, «obra de un tímido», señala Porras. No le falta razón. Garcilaso, el de *La Florida,* ya no mozo sino hombre maduro, sigue pasando por esa serie de metamorfosis de las que se ha ocupado Max Hernández, los del primer escritor peruano desgarrado en conflictos de identidad y nostalgia.[9] A Garcilaso, la reivindicación de la hazaña del adelantado de Soto en las planicies desconocidas de la América del norte no le parecerán suficientes. En su mocedad hombre de armas y caballos, hay un momento que deja tras suyo esa vida de soldado por la de Montilla al lado de su tío don Alonso de Vargas, una treintena de años como dueño de viñedos, a quien hereda en 1570. En su mocedad capitán, luego propietario, por último humanista, es el tercer Garcilaso el que escribe obras mayores. Es entonces un indiano erudito en las altas y tranquilas tierras serranas de Córdoba quien toma la pluma para vindicar de una vez por todas al padre, maltratado en las crónicas oficiales, y a la madre, a sus maestros indios y sus parientes cusqueños, a los que recuerda y menciona con nombres propios, reconstruyendo la verdadera historia del pasado imperial y de la misma conquista mal interpretada por quienes necesitaban ocupar el lugar de los adelantados que habían ganado con sangre y riesgo propios esos nuevos dominios a una olvidadiza Corona. Así es como escribirá *Los Comentarios Reales.* En páginas anteriores, la estampa que abre estas líneas, la edición de 1609, gracias al cielo, la cual se halla en nuestros fondos bibliográficos. Ejemplar acaso salvado de guerras y saqueos o de incendios, dado el inamovible desdén de sucesivos gobiernos por el valor de nuestro patrimonio. Sin duda, adquisición oportuna por alguno de nuestros bibliotecarios mendigos como es costumbre y ludibrio. Acaso Palma. Acaso Basadre. También los descuidos de unos y los esfuerzos de los otros, son el Perú. ¿Nos quejamos? Sin duda, y a pecho descubierto, para otros gastos vanos sí hubo y hay dinero en arcas fiscales. (hn)

12. Conviene ahora mostrar algunos de esos grabados de época. Para atender no solo la letra sino el contenido de la imagen, la semiótica de las ilustraciones. Observemos, pues, ese estilo, evidentemente gótico y fantasioso, con el cual circulan por el mundo, desde el XVI, las noticias de las Indias. Pero ni el viaje del Descubrimiento en las frágiles carabelas fue tan apretado, ni la toma del galpón de Cajamarca a donde acudió un emperador llamado Atahualpa —el Atabalipa de la crónica soldadera— se parecía al fortín o castillo feudal que presenta esta estampa. Europa estaba en guerras intestinas cuando ocurren los hechos de la Conquista de México y del Perú. Y aún después, mientras se consolida el orden colonial en Indias de los Habsburgo, los europeos viven una guerra feroz, por siglo y medio, resultado del cisma luterano y lo que Carlos V y sus descendientes, decidieron hacer en la materia: volverse el brazo armado de la Contrarreforma. Así, bien miradas estas imágenes, no hablan tanto de los conquistadores y sus guerras sino de la propia Europa bélica. Esos infantes y sus picas, con esos aires de bravuconada, parecen corresponder a las escenas corrientes durante las guerras de religión, particularmente en Alemania, donde los príncipes protestantes y ciudades libres, enfrentaban con numerosos mercenarios a los imperiales soldados de los Habsburgo. Con violencia se tomaban fuertes, iglesias, villas, y se ahorcaban unos a otros. Esas eran guerras también del fin del mundo, pero de las cuales, con el tiempo, habría de emerger en Holanda y en Alemania, eso que llamamos el capitalismo como lo explicará Max Weber. En cuanto a las Indias o América española, habrá de pasar tiempo para que imágenes y realidad se ajusten. Entre tanto circularán textos en profusión, diversas lecturas, relatos disímiles: cronistas soldados, curas doctrineros, laberínticos juristas.

Gómara: prosa clara, documentada, pero con grabados góticos.

El último de los cronistas, llega un siglo más tarde, el Padre Bernabé Cobo, hacia 1650. Su obra se sitúa más allá del relato familiar o de casta, de las querellas de bando, de la hagiografía o el relato quimérico. El jesuita Cobo es hombre dado a la clasificación, con ganas de objetividad, y sus puntuales observaciones allanan de alguna manera el camino a posteriores observadores, a los grandes viajeros ingleses y franceses y al mayor, al sabio e ilustrado Alexander von Humboldt. En la obra del padre Cobo está la minuciosa descripción —sin fantasía— de hierbas, árboles, peces, animales y, también de especies importadas, y un recojo de religión, de ritos y la organización social de los Incas, su «civilización material», para decirlo con una categoría propia al oficio del historiador en el siglo veinte, después de Fernand Braudel. No cree Cobo que el Perú antiguo fuese el Ofir de la leyenda, ni el lugar de refugio de los hebreos. Cobo es el primer sabio americano. Es un realista el padre Cobo, acaso eso explica el desapego del que su frecuentación como crónica goza. Todavía nos seguimos inclinando por la fantasía que por el conocimiento escueto de lo real.

13. La letra impresa tuvo siempre un destino político. No la agota la natural gana de narrar, o lo que hoy llamamos, la comunicación. En sus antecedentes más remotos pero significativos, nace la escritura en la ciudad-Estado de Uruk, en Mesopotamia, y las primeras escrituras se hallan en China, en Egipto, entre los Mayas, al tiempo que la civilización urbana, la centralización del poder y la construcción de grandes imperios. Son el orden, la ley, la dominación impersonal. En Occidente, el Imperio Romano contribuye a difundirla. Desde 1450, la imprenta, en Indias, sin embargo, se acompaña del bando y la viva voz. El auto de fe celebrado en Lima en un 23 de enero de 1639 ¿fue uno para ser leído o para ser escuchado? El original en nuestros fondos bibliográficos.

AVTO
DE LA FE
CELEBRADO EN
LIMA A 23. DE ENERO
DE 1639.
AL TRIBVNAL DEL SANTO OFICIO de la Inquisicion, de los Reynos del Perù, Chile, Paraguay, y Tucuman.
POR EL LICENCIADO DON Fernando de Montesinos, Presbitero, natural de Ossuna.
CON LICENCIA DEL ILVSTRISSIMO señor Inquisidor General, y señores del Consejo de su Magestad, de la Santa, y General Inquisicion.
En Madrid. En la Imprenta del Reyno, año de 1640.

CONSTITUCIONES Y ORDENANZAS
ANTIGUAS, AÑADIDAS, Y MODERNAS DE LA REAL VNIVERSIDAD, Y ESTUDIO GENERAL DE SAN Marcos de la Ciudad de los Reyes del Perù.
REIMPRESSAS, Y RECOGIDAS DE MANDATO DEL EXCELENTISSIMO S. MARQVEZ DE CASTELFVERTE, Virrey, Gouernador, y Capitan General de estos Reynos, su Vice-Patron por el Doct. D. Alonso Eduardo de Salazar y Zeballos, Catedratico de Vispera de Leyes, Abogado de esta Real Audiencia, y Rector de dicha Real Vniversidad.
DONDE TAMBIEN SE CONTIENEN LAS LEYES REALES DE INDIAS DEL Titulo de Vniuersidades los Cobrados, Capitulos de Vistas, Autos del Real Acuerdo, y Decretos del Superior Gouierno, con lo demas que de esta se fundaron hasta el tiempo presente, de ordenanzas portuguesas, y adelantamientos, y demas cosas pertenecientes.
EN LA MISMA CIUDAD DE LOS REYES, EN LA Imprenta Real, por Felix de Saldaña y Flores, en este Año de 1723.

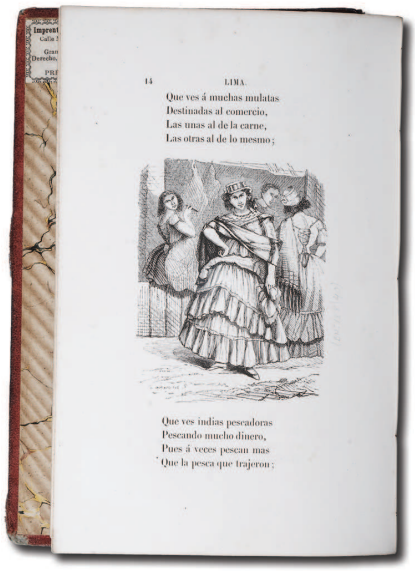
14. Lo escrito amenaza, promete sancionar, y a la vez congrega, junta. En la lámina contigua, *Las constituciones y ordenanzas, antiguas, añadidas y modernas de la Real Universidad y Estudio General de San Marcos de la Ciudad de los Reyes del Perú.* En la imprenta Real, por Felix Saldaña y Flores, 1723. Lo escrito, como queda claro, constituye. Fondos de la Biblioteca Nacional del Perú.

15. ¿Desplazó por completo de los afanes de los peruanos coloniales la cultura impresa a la oral? Ni por asomo. Oraciones sagradas, sermones, por un lado, por el otro, las relaciones de fiestas, los folletos conteniendo el elogio a la entrada de los virreyes, los sucesos de la vida colonial recogidos en coplas y comedias, no se pueden separar de la práctica de devoción o del ditirambo de cortesanos y, así, en esos textos impresos de época, como que se sienten voces, como el rumor de conversaciones entre palanganas limeños. Lo oral, en realidad, invadió lo escrito. Como en esta oración del doctor Pedro Peralta Barnuevo y Rocha, Cosmógrafo, Catedrático y Rector. Junio de 1716. Oración y publicación van juntas. Estamos en plena edad del barroco. Bajo el absolutismo, dice Maravall, las apetencias de la libertad; y como resultado, «una sociedad dramática, contorsionada, gesticulante».[10] Los hombres de la cosmovisión barroca, dice otro autor, «tuvieron temor a la ruina, a la fugacidad del tiempo». Ese gusto por el artificio, teatro, fiestas, bandos y sermones, revela con esos rituales, tan limeños, algo más que el desparpajo de una élite suntuosa. Son una forma de conciencia de vivir algo inacabado, pasajero. El barroco peruano, tema por estudiarse.

ORACION
QVE DIXO
EL DOCTOR D. PEDRO DE PERALTA BARNUEVO, Y ROCHA, CONTADOR de Cuentas, y particiones de esta Real Audiencia, y demas Tribunales de esta Ciudad por su Magestad, Cathedratico de Prima de Mathematicas, Cosmographo mayor de estos Reynos, y Rector de esta Real Vniversidad de San Marcos
A SV ILVSTRE CLAVSTRO.
EN RAZON
DEL CARGO DE RECTOR, QVE havia exercido, antes de la Eleccion de él, en que fuè reelegido el dia 30. de Junio de 1716.
Con Licencia de los Superiores en Lima.

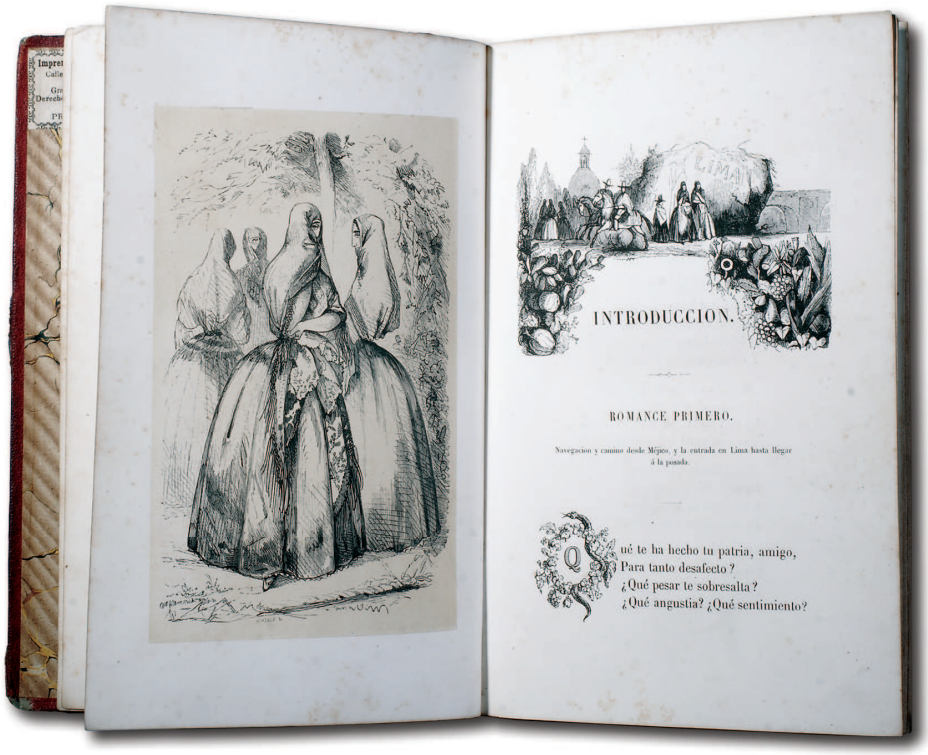
16. Tiempo del barroco. Doble poder, celeste y urbano. Sacro y mundano. De un lado la afirmación de los grandes Estados monárquicos absolutistas, la necesaria codificación jurídica, Leyes de Indias, Solorzano y Pereyra, de lo cual se ocupa otro ensayo en este mismo libro. De otro lado, la exaltación del poder arquitectural. Pero el arte y la emoción del barroco español e iberoamericano no está solamente en las fachadas de las iglesias, o en la monumentalidad de palacios y conventos, en todo caso, los de Lima, no fueron majestuosos, prudencias de arquitectos ante los terremotos. Lo está y de manera suma, en el frontis o portada de magníficos libros. Por ejemplo, el culto mariano se afirma en la imagen que tenemos al lado, desde el trono de las dominaciones celestes, se sostiene un texto sagrado por un ángel. La segunda estampa es todavía más explicita, el Santuario de Nuestra Señora de Copacavana. Domina el globo y coloca, toda la América del sur, bajo el nombre de Perú, a sus pies, como protección. ¿Culto a la Virgen o culto a las Vírgenes? El historiador francés, y católico practicante, François Chevalier, señala que tras la reproducción del culto mariano en el Nuevo Mundo, tras Nuestra Señora de Asunción, Concepción, Rosario, Loreto, venerada en cada provincia, ciudad, villa natal, se materializa el amor por «la patria chica».[11] Localismos, regionalismos nacientes en el vientre mismo del sistema colonial.

Culto mariano y los diversos nombres de la madre de Jesús, «Refugio, Remedios, Amparo, Salud, Buen Viaje, Buen Aire, Mercedes, hasta Nuestra Señora de la Justicia Social; de la plegaria ferviente a la supervivencia de prácticas arcaicas de origen ibérico como de ritos prehispánicos», dice Chevalier, «y una iconografía múltiple». (op. cit. p. 495). Y una adhesión extraordinaria, extensa, continental.

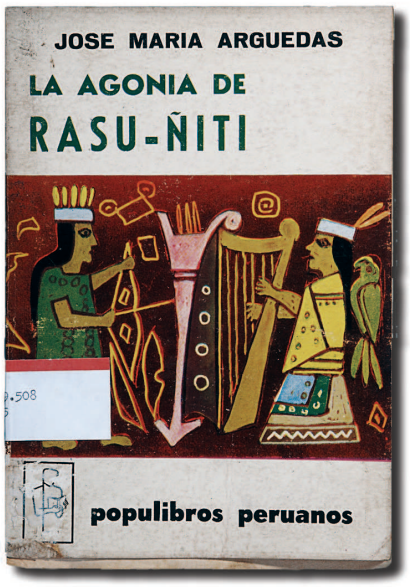


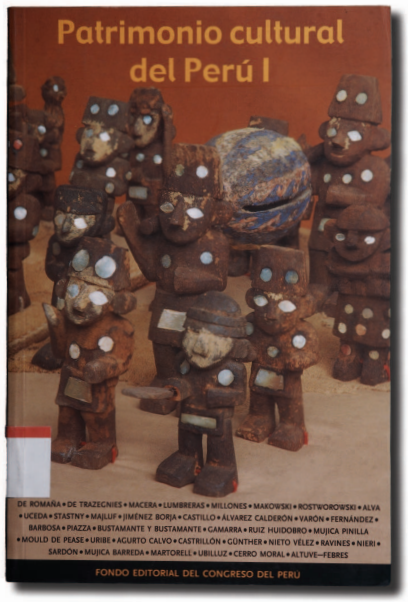
17. Un salto en el tiempo, hacia los días republicanos. En materia de iconografía, en el siglo XIX dado al costumbrismo, a la observación de gentes y cosas, a los tipos populares, a la calle, a la forma de vestir, y también, en vena romántica, a los lugares soledosos, zaguanes, rejas, balcones, rincones. No faltan materiales. Pensamos en Pancho Fierro, en los viajeros franceses, como Castelnau, o los de Paul Angrand. Sin embargo, hemos elegido un par de estampas que acompañan la obra de «Simón Ayanque», en realidad, como se sabe, de su verdadero nombre, Esteban de Terralla y Landa. *Lima por dentro y por fuera,* editada en París en 1854, lleva los apuntes de Ignacio Merino. Debe notarse que no anima ni al artista Merino ni al autor de las coplas, Ayanque, el discurso convencional sobre las misteriosas tapadas. Sí las hay, pero también mozas de mal vivir, «que ves á muchas mulatas/ Destinadas al comercio/ Las unas al de la carne/ Las otras al de lo mesmo». Por lo demás, el descarnado realismo de la copla en la que apunta una crítica socarrona y social, no abandona el poder de la imagen, como en la «introducción», donde se estudian artística y socialmente, diversos tipos populares. Jorge Basadre quería una historia del pueblo peruano. Y bien, si ella todavía no se ha escrito, aquí están las ilustraciones de Merino. A las que se les puede acompañar las mencionadas de Pancho Fierro y Marcoy, Radiguet, Rugendas, y las caricaturas de políticos, de Manuel Pardo a Leguía, y las revistas ilustradas fineseculares, y decenas de ellas, hasta *Mundial* y *Variedades*. Pero aun así, pocas veces se tropezará con el realismo cruel de Ayanque.

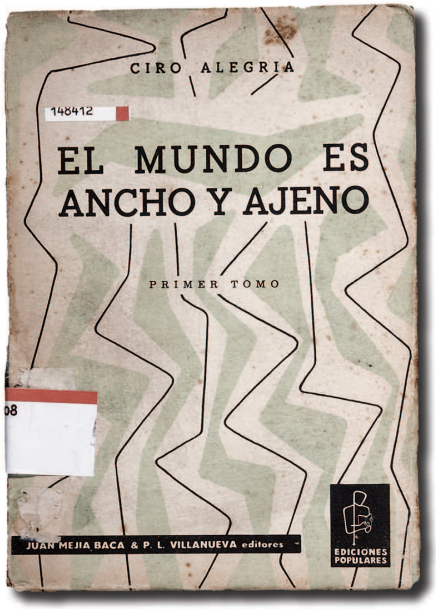
«El librejo de Terralla —que fue mandado a quemar públicamente por el Cabildo de Lima— tiene, a pesar de su maledicencia, apuntes muy sabrosos sobre el ambiente de la ciudad» Porras Barrenechea, Raúl, en: Fuentes Historicas Peruanas, *1954. Podríamos agregar que entre las estampas de la Lima decimonónica, las de Terralla y Landa (Simón Ayanque) resultan las más atrevidas y hasta lujuriosas. Esas mozas son desafiantes, son la Lima mala, no todo fueron Tapadas y damas de alcurnia en sus calles.*



18. A mediados del siglo veinte, la edición intenta masificarse. Tres casos ejemplares. Los esfuerzos por editar escritores e investigadores de Juan Mejía Baca y su socio, E. L. Villanueva. Aquí, a sus riesgos y peligros, *El mundo es ancho y ajeno,* de Ciro Alegría, el más importante novelista peruano hasta que el ciclo del indigenismo se agotase y aparecieran, por un lado, el cuento y la novela urbana (Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa) y del otro, el fenómeno Arguedas. Pero don Juan, que por algo tiene sala que recuerda su extraordinario empeño de editor y promotor en la sede central de la BNP de San Borja, editaba a sabios peruanos, Tauro del Pino, Raúl Porras. El segundo caso de ediciones que llegaron a todos los bolsillos, sin duda alguna, es «Populibros». Solo a un hombre de la afiebrada imaginación de Manuel Scorza, poeta, novelista, político, empresario, antes que este título se hiciera corriente, se le podía ocurrir que era negocio ir a ponerle al alcance a la gente corriente en los jirones y calles de Lima, modesta ciudad de entonces, los grandes clásicos, y uno que otro libro de autor contemporáneo. En venta directa y sin el agravio de librerías y distribuidores. Fue un éxito rotundo. No se ha vuelto a intentar, acaso porque han surgido otros procedimientos que son una suerte de «populibros» achorado y permanente, como el clonaje clandestino e informal de libros peruanos y extranjeros. En fin, el Estado, que no es precisamente el cuerno de la cornucopia con la cultura y la edición, viene editando, tras el sello solemne del Fondo del Congreso, una serie de libros, bajo la doble energía de Rafael Tapia y de Martha Hildebrandt. Realmente, un enorme esfuerzo que ya lleva años, con la natural hostilidad y ceguera de los editores privados. ¡Qué error de interpretación! A más libros, más lectores. No son editores privados ni públicos los que faltan sino, para decirlo sencillamente, lectores, y hábitos de lectura. Los diarios, en particular *El Comercio* y el diario *La República,* han distribuido hasta el 2004, cerca de 70 millones de libros gratuitos. Pero los peruanos no leen. No faltan libros, falta lectoría ¿Qué pasó en el Perú? Hace treinta años se leía muchísimo más, proporcionalmente hablando. El tema es grave, y sobrepasa el contenido de estas acotaciones. Ya hablaremos, en el contexto de otra publicación, menos institucional y más personal.







19. Leer es mirar. El gozo de la vista. La penúlltima referencia a esta breve iconografía, una sorpresa, un regalo: el poema de Paul Verlaine, *Fêtes Galantes.* Es edición de 1928, editada en París, con las espléndidas ilustraciones de Georges Barbier. La elegancia, el buen gusto, la sensualidad, un imaginario versallesco con faunos y galantes y damas bellas y dispuestas al amor carnal. Y los personajes del eterno amor, el burlado y el correspondido, Colombina, Pierrot, Arlequín. Y la luna inmensa sobre ese paraíso terrestre con deseo sin culpa. El parnasianismo de Verlaine, en los años veinte, antes de que Europa se volviera a precipitar en el horror de la guerra y de la muerte. Al menos aquí, por un instante, Eros no conoce a Tánatos.

20. Mirar es leer. *Sueño y pasión por el Perú. Apuntes sentimentales,* Lima, BNP, 2008. Acabamos de editar este singular libro. Unos 65 autores, desde el XVI hasta este amanecer del siglo XXI. Selección hecha con el riesgo de contrariar a más de uno que no halla el autor preferido o a sí mismo. Pero la apuesta de esa edición es doble, si no triple. La amplitud, la emoción (textos casi confesionales, emocionados) y la combinación de arte y escritura. Por lo escrito, están los clásicos, desde Garcilaso, Huamán Poma, Sánchéz Carrión, San Martín y Bolívar. Están los padres fundadores, Víctor Andrés Belaunde, Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui. Y están Porras, Sánchez, Basadre. En segundo lugar, los contemporáneos, Cotler, Max Hernández, Matos Mar, de Soto, Iván Degregori, Tanaka, entre otros. Y están los más jóvenes, Rocío Silva Santisteban, Alberto Vergara. Pero está, igualmente, la China Tudela y el padre Gutiérrez. Una gama sin límites de gustos y estilos. Eso sí, los textos más intensos. Y al lado de ellos, rutilantes imágenes, cuadros de pintores peruanos. Y las artesanías. Pantigoso y los ekekos.

Este libro es un concepto nuevo de edición. Un híbrido, tiene del libro de salón, por su lujo de imágenes. Del libro erudito, por la selección de textos. Pero está hecho para ser visto y leído a la vez. Responde a algo que no es inocente, a una problemática de nuestro tiempo. ¿Cómo en los días que corren, cuando la imagen se vuelve imperialista, y desde la pantalla del ordenador personal invade la lectura, ésta puede responder? La respuesta es simple, paladina. Volviendo a poner en libros, la imagen. A la lectura fragmentada, la mirada que juega, divertida. Los libros deben volverse también una aventura de los ojos, o perecerán.

Notas

[1] Manguel, Alberto. *Une histoire de la lecture, Paris: Éditions du* Seuil, 1993.

[2] *Biblioteca Hispánica: obras maestras de la Biblioteca Nacional de España.* Madrid: Biblioteca Nacional, 2007.

[3] Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro.* 1° edición en francés, 1982. 2° reimpresión, Madrid: Siglo XXI editores, 1987.

[4] Leonard, Irving A. *Los libros del conquistador.* México: Fondo de Cultura Económica, 1953.

[5] Guillén, Juan. *Historia de las bibliotecas Capitular y Colombiana*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006.

[6] Konetzke, R. Historia Universal, América Latina, Tomo 2, La época colonial. Madrid: Siglo XXI, 2002, p. 260.

[7] Berthe, Jean-Pierre. «l'Amérique espagnole». En *Encyclopedia Universalis.* París, 1990.

[8] Cohn, Norman. *The Pursuit of the Millenium: revolutionary messianism in medieval and Reformation Europe and its bearing on modern totalitarian movements* (1961). En español, *En pos del milenio. Madrid:* Alianza Editorial, 1989.

[9] Hernández, Max. *Memoria del bien perdido.* Madrid: Editorial Siruela, Madrid, 1991.

[10] Maravall, José Antonio. *La cultura del barroco.* Barcelona: Ariel, 1998.

[11] Chevalier, François. *L' Amérique Latine, de l'Indépendance à nos jours.* Paris: Presses Universitaries de France, 1977.